

DIMENSIÓN OBJETUAL E INVENTARIOS EN *RECUERDOS DE VIAJE* (1882) DE EDUARDA MANSILLA

OBJECTUAL DIMENSION AND INVENTORIES IN EDUARDA
MANSILLA'S *RECUERDOS DE VIAJE* (1882)

INÉS DE MENDONÇA*

RESUMEN: El artículo examina las estrategias literarias de Eduarda Mansilla en sus *Recuerdos de viaje*, atendiendo a las huellas de la cultura material en su escritura. El enfoque analítico se centra en observar la incorporación de elementos tangibles como parte de una estrategia retórica que fortalece tanto el verosímil del relato de viaje como la autoridad de la voz narradora. En medio del contraste que se produce entre lujo y confort, la viajera experimentada expone preferencias y desafíos en su recorrido por Norteamérica. Descubre fascinaciones y disgustos, entretejiendo su narrativa con objetos, prácticas y reflexiones que reflejan su postura ambivalente hacia la modernización capitalista. Más allá de las intenciones explícitas, el texto de Mansilla anticipa cambios e inestabilidades que revelan cómo la tecnología, la ampliación de consumos y las preferencias culturales moldean la percepción del buen o mal gusto en la sociedad del siglo XIX.

PALABRAS CLAVE: Eduarda Mansilla, literatura argentina, inventarios, confort, viajes

ABSTRACT: This paper studies the literary strategies employed by Eduarda Mansilla in her book, *Recuerdos de viaje*, with a keen focus on the imprint of material culture in her narrative. The analytical framework centers on tangible elements as a pivotal facet of her rhetorical strategy. This strategy not only enhances the verisimilitude of the travel narrative but also bolsters the authority of the narrative voice. Navigating the realms of luxury and comfort, the seasoned traveler lays bare her preferences and confrontations during her forerunning expedition across North America. Unveiling both enthralling discoveries and aversions, she intricately weaves her narrative with objects, practices, and reflections that mirror her ambivalent stance towards capitalist modernization. Mansilla's text presages forthcoming transformations and uncertainties, offering insights into how technology, burgeoning consumption, and cultural preferences shape the nuanced perception of taste within nineteenth-century society.

KEYWORDS: Eduarda Mansilla, argentine literature, inventories, comfort, travel

Recibido: 13.03.24. Aceptado: 22.08.24.

* Doctora en Letras. Profesora Asociada e investigadora de la Universidad de Buenos Aires, Departamento de Letras, Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: inesdm@gmail.com. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-8157-3294>

QUE LA HISTORIA DEL pasado puede conocerse a través de los bienes materiales representa uno de los aprendizajes que nos legaron la antropología y la arqueología como disciplinas expertas en el arte de reconstruir lo vivido. En acuerdo con este saber, las historias de la imprenta y del libro vinieron a reeducarnos a críticos, filólogos y lingüistas al enfatizar el hecho de que los textos también son, en su faceta material, un *resto* de la historia. Esto significa que papeles, tintas, cordeles, tapas, tipografías, casas imprenteras, tiendas y bibliotecas nos informan sobre costumbres, posibilidades y prácticas del pasado; pero sin duda, los libros en tanto textos también lo hacen sobre imaginarios, aspiraciones, deseos y rechazos de sus autores y sus públicos sobre aquello que se cuenta allí.

En ocasiones la escritura se asemeja al inventario: por momentos enumera, aloja características y procedencias. Pero no interesa dedicarnos únicamente a la constatación rígida de la *biografía cultural del objeto*, como la ha llamado Kopytoff (1996), ni siquiera a la validación de existencia de un vestigio. Dejémoslo en claro: no revisaremos, en este caso, ni inventarios ni catálogos, ni guías de viaje, sino un texto literario que recupera la memoria del desplazamiento y estadía en un país extranjero. Por su naturaleza genérica, el texto de viaje será leído como un espacio de observación de consumos y de preferencias culturales. Puesto que no son las escrituras un rastro cualquiera de la cultura, sino un archivo temporal en sí mismo (Kittler, 1999) y un registro de lo vivido por parte de una subjetividad (Arfuch, 2013), indagaremos más bien en la economía afectiva de las *cosas* escritas como parte de una estrategia poética determinada.

Remitirnos a la incorporación de objetos de consumo o de la vida cotidiana (su descripción o el foco narrativo que suscitan) en textos vinculados con viajes involucra, generalmente, la experiencia del traslado y sus necesidades. Por eso, un tipo de viaje puede inferirse a partir de las cosas que se acarrean u obtienen, los servicios que se contratan o las locaciones y mobiliarios que se describen y utilizan. Y, como ha señalado Bill Brown (2003) en su estudio pionero sobre el tema, “preguntarse sobre el modo en que la literatura representa objetos... nos dice algo tanto sobre la literatura como sobre los objetos, acerca de cómo los sujetos y objetos se animan unos a otros” (p. 16).

La experiencia de una viajera acomodada, tal es el caso de Eduarda Mansilla de García, también se narra en la mención a utensilios o enseres propios del espacio nuevo y su comparación con las costumbres del lugar de procedencia. Con humor y buena escucha, Mansilla apunta, en sus *Recuerdos de viaje* (1882), las actitudes disímiles que exponen varios tipos de

viajeros al descender del barco con sus distintos equipajes: el turista solitario que busca su baúl perdido, un grupo de familia que avanza “dando codazos y aún maletazos; produciendo malhumor general” (Mansilla, 1882, p. 17), el *dandy* que corteja a una dama pero termina amenazando a su sombrero por el tamaño de su “baúl colosal, de esos llamados *mundos*, por las elegantes” (p. 17).

Estos tres ítems –baúles, maletas y *mundos*– mencionados en el primer apartado de su libro, exponen su utilidad común como contenedores de más ítems, pero además el estilo del viajero que los porta. También la vestimenta deja en evidencia diferencias entre nuevos y viejos pasajeros. Al terminar la travesía marítima, cuenta Mansilla (1882), aparecen “levitas arrugadas” empacadas al comienzo del itinerario que se utilizan para reemplazar el “*jacquet* algo descolorido de todos los días” (p. 18). La narradora señala el desliz: “aquella levita y el sombrerito coqueto, llegarán al hotel cubiertos de polvo” (Mansilla, 1882, p. 18). Vestirse para desembarcar es un error de principiante, en tanto que el aguerrido guarda sus galas para cuando se haya sacudido el polvo del camino, en la ancha bañadera que en el hotel le aguarda, entregándose luego al hábil peluquero que habrá de dejarle irreprochable y como nuevo. Llegar a una ciudad, donde nadie nos espera, produce dolorosa impresión en el ánimo del viajero bisoño, y casi le hace arrepentirse del triste placer de viajar, como dice madame de Stael (Mansilla, 1882, p. 18).

En esa ecuación comparativa entre la expectativa y la realidad de la llegada, las cosas de casa y las cosas del viaje tienden a valorarse de manera discriminada. Como plantea certeramente George Van den Abeele (1992) en su estudio sobre el viaje como *topos* del pensamiento y de la literatura occidental, la lógica del desplazamiento marca la salida de un lugar seguro hacia el riesgo de la pérdida. Incluso para una viajera como Mansilla, que se moviliza como esposa de un funcionario diplomático y que pertenece ella misma a una familia privilegiada, el cambio de locación representa un desafío a las actividades y habilidades que se supone debe cumplir (o que ella misma pretende exhibir).

Aunque la narradora no cometa el error de vestirse con exceso de elegancia porque conoce de antemano las reglas de etiqueta para llegar a Nueva York, no puede evitar “un mal sentimiento” al observar los saludos efusivos, que incluyen besos hacia unas niñas recién llegadas “estampados en plena boca y acompañados de vigoroso *shake hands* muy prosaico” (Mansilla, 1882, p. 19). La situación le provoca risa, lo que implica una mala manera de reaccionar ante extraños: “Hice mal, pero lo hice. Los labios, me parecen

sitio sagrado, que no deben así nomás prestarse a públicas efusiones de familia. Si me equivoco, tanto peor, conservo mi error, porque me es grato” (Mansilla, 1882, p. 19). El riesgo de quedar mal no compensa la convicción ética de lo que debe hacer una niña o una señora tanto en casa como en el extranjero. “Hacerlo mal” podría ser un *error social* (Pucket, 2008) en Nueva York, pero es un indicio de buenos modales para sus lectores argentinos.

Por eso ciertas prácticas cotidianas que involucran las fórmulas de tratamiento y cortesía, pero también las prendas de vestir, los elementos de aseo, modos de alimentarse o del traslado, no solo ofrecen pistas sobre una experiencia individual sino sobre gustos, modas y permisos para una mujer viajera. Van den Abeele (1992) lo sistematiza en la “economía el viaje”:

Uno no necesita ir más allá de la narración prototípica del viaje que es la *Odisea* para encontrar una modelación de la división sexual del trabajo: la mujer doméstica(da), Penélope, mantiene la propiedad del hogar contra usurpadores potenciales mientras el marido deambula por ahí. Lejos del hogar, el último encuentra “otras” mujeres, que se presentan, al menos para él, tentadoras y/o amenazantes, seductoras y/o castradoras. (p. XXV)

Las mujeres escritoras y viajeras del siglo XIX portan consigo ciertos remanentes del *oikos* y su carga doméstica, pero también pueden ocupar el rol de esas “otras” mujeres que deambulan. En el caos súbito que representa la llegada a destino, “a la regularidad y monotonía de la vida ordinaria, sucede la agitación, la confusión” (Mansilla, 1882, p. 16). Mansilla se mueve con soltura y desparpajo, pero carga consigo baúles, atavíos, sombreros, ¡e hijos! Aun así, el viaje es una prerrogativa de clase y la escritura un privilegio añadido. Su doble condición de mujer viajera y madre de estilo victoriano condensa el “lugar problemático” en el que la han ubicado los estudios de género actuales: “su perfil no encaja en el prototipo de luchadora feminista, más bien a veces atenta contra él y, sin embargo, su hacer adquiere visos de rotunda excepcionalidad” (Néspolo, 2014, p. 177).

En 1879, cuando regresa a su país natal luego de dieciocho años de vida en el extranjero, Mansilla publica varios artículos en los que describe la transformación que percibe en las costumbres urbanas de Buenos Aires. Marina Guidotti, en el prólogo a su edición de los escritos periodísticos de Mansilla, identifica esos textos como “de carácter mixto entre el discurso periodístico y el discurso literario” (Mansilla de García, 2015, p. 92) y señala la aguda mirada de la cronista para descubrir un cambio en la sensibilidad y cierta frivolidad de las conductas que “se evidenció en ...

las descripciones de los atuendos femeninos y masculinos” (Mansilla de García, 2015, p. 94) y en el relato de los circuitos sociales y paseos, públicos y privados, que diferían de los hábitos más aldeanos de las décadas previas.

Como redactor del periódico porteño *El Nacional*, Domingo F. Sarmiento elige mencionar un par de los artículos que Mansilla publica allí. Aunque la pondera, no se concentra en sus textos sobre instituciones estatales (como la penitenciaría o la escuela) sino en la crónica de salón. La describe como “a más de escritor versado, mujer, muy mujer, y habituada a los refinamientos del *High life* europeo, en cuyo medio ha brillado muchos años en París y Estados Unidos” (Sarmiento, 1900, p. 190). Lo deseable, aun para un amigo y lector como Sarmiento, era que ella escribiera su crítica de costumbres focalizándose en la moda. Su *habitus* la validaba. Y si bien Sarmiento la aprecia positivamente como escritora en general¹, al escribir sobre ella en 1879 elige señalar la habilidad “en materia de gasas, flores, brillantes, en elegancia en el vestir, en las reglas del *bon ton*” (Sarmiento, 1900, p. 189). Su capacidad descriptiva estaría mejor utilizada en ese mundo, revelando el “secreto femenino” a los “escritores de hacha y tiza, que no sabríamos combinar [los colores]” (Sarmiento, 1900, p. 190). Mansilla ofrece a los lectores del periódico “una mano delicada y artística” que expone detalles sensoriales “que escapan a nuestros groseros sentidos” (Sarmiento, 1900, p. 190).

Sarmiento sigue considerándola, varios años después de su primer artículo, como una autoridad en asuntos de modales. En su texto “The High life”, publicado el 6 de agosto 1882, la celebra de la siguiente manera:

Debemos dar nuestro cordial parabién a la entendida Eduarda, que toca con la punta de la ala estos rasgos que quedan de nuestra edad media. No solo las letras argentinas le deberán más de una buena página, pero el buen tono y gusto se refina con solo no echar en saco roto sus indicaciones, en cuanto a lo que *les convenances* prescriben. (Sarmiento, 1900, p. 285)

¹ En varios artículos que Sarmiento publica en *El Nacional* entre 1879 y 1882 donde comenta distintos textos de Eduarda Mansilla, su reconocimiento hacia la escritora va creciendo, incorporando la noción de inteligencia a las cualificaciones que menciona, aunque nunca deja de sugerir la autoridad en temas de elegancia y moda. Pueden observarse los que fueron incluidos en el tomo XLVI de las *Obras Completas*: “Literatura argentina”, 11 de julio de 1879; “The High life”, 6 de agosto de 1882; “De la Inteligencia en la vida argentina”, 30 de agosto de 1882; y los textos sin mención a otra publicación también incluidos en el mismo tomo: “Cuentos, por Eduarda Mansilla de García” y “Una sobrina de su tío” (correspondencia de Zárate, abril de 1885).

Esta capacidad extraordinaria de la mirada femenina para rescatar los detalles que provendrían de una actividad sensorial diferenciada puede recuperarse inclusive en los términos que habitualmente se utilizan para las críticas de costumbres de alta sociedad: el buen *tono* y el buen *gusto* parecen requerir un tipo de escucha y un paladar avezados. Incluso la capacidad de comprender sutilezas en las formas de interacción puede describirse como *tener tacto*. Estas asociaciones entre sensorialidad y sociabilidad también se verifican en los modos de decir de otras lenguas europeas².

La antropología cultural propone tomar la experiencia sensorial como parte de los comportamientos sociales, puesto que se fundamenta en que las percepciones no surgen únicamente de procesos fisiológicos, sino de una orientación cultural que moldea la sensibilidad individual (Le Breton, 2007). Los sentidos actúan como un prisma para entender los significados sobre el mundo. Aunque dentro de una misma comunidad varíen de un individuo a otro, prácticamente coinciden en aspectos fundamentales. Más allá de los significados personales, emergen significados más amplios. Las relaciones que los individuos mantienen con el acto de ver, oler, tocar, escuchar o gustar nos cuentan qué ideas tienen del mundo.

Siguiendo esta línea de pensamiento, es interesante observar en qué momentos la lectura contemporánea se posa en el mal juicio de Mansilla y se traduce en la atribución de una “mala ejecución sensorial”: mal gusto, mal tono, poco tacto. Más allá del reconocimiento a su refinamiento *fashion*, Sarmiento se ofusca con los detalles económicos de las crónicas y le critica que incorpore los gastos de una fiesta como parte de su descripción. El consejo de la autora debe frenarse allí, dice el maduro redactor: “tomamos la crítica de los críticos, agregando de nuestra parte otra. Es de mal tono hablar del costo de los vestidos. Una gran dama no sabe qué cosa es precio” (Sarmiento, 1900, p. 286). El problema involucra la noción de valor. La escritora es autoridad para describir lujos, pero no parece estar habilitada para señalar qué implica en los circuitos de intercambio la exhibición de dicha ostentación. Añade Sarmiento: “lo que se gana en apreciaciones intrínsecas, se pierde en buen gusto y en elegancia. A este paso se cotizarán las sonrisas y bástalos estrujones” (Sarmiento, 1900, p. 286).

² Aunque no en la orientación nominativo/antropológica que sugerimos aquí, es fundamental el aporte de Francine Masiello, en su libro de 2018, *Senses of democracy*, al considerar la relación entre sentidos y narración. Masiello retoma esta atribución sensorial a lo femenino, habitualmente despreciativa, y la convierte en un activo positivo para las mujeres escritoras latinoamericanas, acercando dicha capacidad perceptiva a la sorpresa y el entusiasmo democrático.

Entonces, ¿dónde termina el buen o mal gusto? Qué se considera o no lujo y cuáles son los permisos culturales para la escritura son límites que distancian o acercan estamentos sociales y géneros sexuales. Saber qué debe gustar, cómo y hasta dónde también puede leerse en aquellos objetos y sujetos descritos o narrados en las impresiones de un viaje. Si el gusto implica, como ha sintetizado Raymond Williams (2003) en su diccionario de conceptos culturales, un cierto modo del saboreo, la *gustación del mundo* que propone cualquier viaje –esta es una expresión de Le Breton (2007)– involucra atracción por el deleite, pero también seducción por lo desagradable.

EL LUJO DE LA DISTINCIÓN

Eduarda ha pugnado diez años por abrirse las puertas cerradas a la mujer, para entrar como cualquiera cronista o repórter en el cielo reservado a los escogidos (machos), hasta que al fin ha obtenido un boleto de entrada. (Sarmiento, “Una sobrina de su tío”, 1900, p. 276)

En *Recuerdos de viaje*, la narradora es una viajera avezada pero todavía con curiosidad suficiente para descubrir algunas *maravillas* que la fascinan y otras que la disgustan. El descubrimiento ocurre en la escritura y no en el viaje, como reafirma Sarmiento (1900) en una reseña de la obra, puesto que los “*Recuerdos de Viaje* no son los viajes mismos, sino lo que de ellos queda, cuando ya estamos en casa. Son viajes razonados, históricos y retrospectivos” (p. 346). Subraya la utilidad del texto para los viajeros argentinos que quisieran evitar “los chascos cometidos”, “el dinero malbaratado, por no saber gastarlo” y “los disparates hechos” (Sarmiento, 1900, p. 344). Dos cuestiones más bien evidentes están implícitas en este reconocimiento: por un lado, la *expertise*, es decir la inflexión de una voz autorizada a partir de su ubicación social privilegiada y, por otro, la lejanía temporal con la vivencia que refiere. Se trata siempre de pasar de categoría, abandonar los equívocos del turista para adquirir el ademán de viajero.

La referencia biográfica viene en auxilio para recordarnos que, en su libro, Mansilla sintetiza dos viajes. Aunque tal vez la expresión precisa sea “estadías”, ya que se trata de la reelaboración de sus experiencias durante dos períodos en los que acompañó a su marido en viaje diplomático a Estados Unidos: en 1861, enviado a estudiar el sistema judicial; y entre 1868-1873, comisionado por Sarmiento como delegado plenipotenciario y secretario de la representación argentina (Lojo, 2003, p. 11).

Como es habitual en los relatos de viajes, estos *Recuerdos* exponen un modo del conocimiento y ofrecen a los lectores abundantes recomendaciones. El valor de cambio de esta escritura se vincula con cierta forma de la escasez. Aquello que la viajera porta es un capital que el lector o la lectora no poseen. Distancia y distinción se vuelven, entonces, términos solidarios que implican una proximidad (o su ausencia) con sujetos, locaciones y experiencias narradas. Así como los inventarios no son “instantáneas de la realidad” y constituyen textos complejos que representan espacios y variedad de objetos, tal como lo explica Giorgio Riello (2021), los textos de viaje también son formas de representación específicas que se vinculan de modo más complejo con la realidad empírica a la que refieren. Se trata de escrituras que se suponen ancladas en materialidades existentes pero que –como todo discurso– construyen un orden imaginario para el mundo que describen.

En ese sentido, todo escritor viajero carga consigo el peso de una enumeración previa, aquello que Beatriz Colombi (2010) conceptualiza como el problema de la originalidad (p. 19). Sarmiento, por ejemplo, alude a su propio texto al leer a Mansilla, lo cual engrandece su recomendación. Como es bien conocido, otros viajeros latinoamericanos han viajado y narrado sus experiencias en crónicas sobre Estados Unidos. Contemporáneos a su texto son los de Eduardo Wilde, José Martí, Miguel Cané y el francés argentinizado Paul Groussac. Existía, empero, una lista de asuntos indiscutibles por los que debían pasar las crónicas de todos los viajeros latinoamericanos a Norteamérica. Se trataba de observar como fenómenos peculiares ciertos hitos tecnológicos y culturales que indicasen la modernidad americana. Entre ellos se encontraban sin duda los hoteles, los vapores, los trenes, e incluso la movilidad y desparpajo de las muchachas solteras³. También ciertos puntos en el mapa debían ser visitados y narrados para cumplir con el “Grand Tour Norteamericano”; en las paradas de esa guía imaginaria se incluyen: Saratoga Springs, las cataratas del Niágara, las vistas del Río Hudson, Filadelfia y Nueva York. Según Withey (1998), los contornos del “Grand Tour” norteamericano estaban definidos por lo que el público quería ver referido a la grandiosidad norteamericana. Sobre todo, paisajes pintorescos y sublimes, lagos y ríos, grandes extensiones (aquello en que América podría competir con Europa) y, secundariamente, la evidencia del crecimiento y la modernidad de Estados Unidos como nación nueva (pp. 116-177).

³ Los viajeros latinoamericanos observan y describen a la mujer norteamericana como un asunto narrable, objeto y topos del relato que genera deslumbramiento, sorpresa y miedo.

Mansilla viaja y cuenta todas estas cosas, pero añade algunos detalles más. Sus *Recuerdos de viaje* poseen una impronta pionera⁴. Por eso es interesante resaltar la doble impostura de la voz que narra: ser la primera mujer que vuelve a contar ciertas cosas ya contadas, y ser una viajera que nunca mira por primera vez. La tensión entre escritura y recuerdo se resuelve en ese tono de la distinción. Es una escritora que puede codearse con los máximos estamentos gubernamentales en la Casa Blanca “sin más título que el de una extranjera distinguida” (Mansilla, 1882, p. 21) y publicar que la esposa del presidente “era una mujer rechoncha, en extremo vulgar y antipática, llena de chiches comunes, que se armonizaban perfectamente con su figura pretenciosa y anti artística” (Mansilla, 1882, p. 81) o que el presidente le “choca” por la “expresión enfermiza de su aspecto. Era muy flaco y tenía cara de enfermo” (Mansilla, 1882, p. 81).

En ese ejercicio de acercar lo extraño, lo nuevo y lo curioso a los lectores, el conocimiento se produce como un efecto de escritura y constituye una forma de pedagogía. El texto sugiere o cuestiona destinos y asegura que “la admiración, cuando va acompañada de sorpresa suele ser menos atractiva, y, sobre todo, menos razonada” (Mansilla, 1882, p. 22). Esta educación por la razón y la repetición busca esquivar el choque perceptivo con la novedad. Quien no conoce, “el salvaje”, según Mansilla, “no percibe los edificios que ve por primera vez”; ve mal y juzga mal, “los juzga con su criterio estrecho de salvaje” (Mansilla, 1882, p. 22). Mansilla se propone como la educadora que puede entrenar la mirada de sus lectores para percibir la belleza y evitarles el tránsito por el estadio de ignorancia. A esta habilidad de reconocer los objetos siempre como por segunda vez, ella lo denomina: “admirabilidad” (Mansilla, 1882, p. 22)⁵.

⁴ Es la primera argentina que publica su viaje al norte de América. Se supone que es la segunda viajera escritora, luego de Francisca Espínola (1850), quien publica su *Memoria del viaje a Francia de una argentina de la provincia de Buenos Aires* en 1850. Adriana Amante (2019) ha señalado en sus clases de literatura argentina en la Universidad de Buenos Aires que Aurelia Vélez Sarsfield podría incluirse en esa serie a partir de su viaje a Europa en la década de 1860. Si bien sus cartas no se publican en libro, salen como entregas en el diario *El Censor* editadas por Sarmiento y su nieto Belín. Mónica Szurmuk (2007) indica que “Mansilla inaugura la literatura de viajes escrita por mujeres argentinas” (p. 73), y añade que “*Recuerdos* más que cualquier otra obra de Mansilla, anticipa los relatos sobre viajes de placer al exterior de María Rosa Oliver y Victoria Ocampo” (p. 74).

⁵ Hay una tendencia a la impostura en casi todos los relatos de viaje que intenta borrar la situación de turista a viajero más rápido de lo que sucede en la realidad. Para ello colaboran los manuales, guías, textos de otros viajeros, diálogos con los lugareños y demás aprendizajes atesorados para el fin de la escritura. No podemos dejar de nombrar a Rubén Darío, que está muy próximo temporalmente y quien trata siempre de evitar esa fascinación esnob por lo nuevo.

El deslumbramiento ante el progreso técnico se inscribe y es señalado, pero el *shock* con lo moderno, tal como Benjamin (1993/2018) analiza en el caso de Baudelaire, se produce, cabalmente, ante los otros. Por eso los “ómnibus” neoyorquinos no pueden suscitar la admiración de Eduarda, sino desconcierto y miedo. Ante la experiencia de lo nuevo que implica el contacto con una “multitud caótica en el muelle” (Mansilla, 1882, p. 20), su mirada reacciona con rechazo. Los choferes se describen como “seres groseros, feos, mal entrazados, con enormes látigos” y el caos sonoro le impide ejercer su afamada habilidad de intérprete. Su comprensión anglófona no alcanza a identificar vocablos y sólo percibe un “vocinglerío infernal” (Mansilla, 1882, p. 20)⁶. El calor sofocante y el polvo la abruma. Finalmente, descifra la escena y la alocución del hombre gritando: “Clarendon hotel” (Mansilla, 1882, p. 20). Está descubriendo, con sus prejuicios de clase a cuestas, un medio de transporte y un tipo nuevo de trabajador: el cochero de Nueva York que ofrece su servicio, pregonado a viva voz, y captura clientes entre los recién llegados. Al dejar por escrito el recuerdo, la consejera Eduarda parece advertir que aun con experiencia y conocimiento hay riesgos en un viaje: no comprender el código podría conducir a un destino errado, incluso peligroso.

Si convenimos en que su relato cumple las expectativas de los tópicos que debían incluirse en la crónica del *fashionable tour* –entre los que mencionamos a las mujeres como objetos de apreciación y descripción, la moda y otras costumbres sociales peculiares– es preciso prestar atención a qué vuelve a mirar en lo que otros miraron antes que ella y dónde aparecen diferencias, traspies o sobresaltos. Toda la línea de la crítica al materialismo *yanqui* como ausencia de espíritu latino y sensibilidad (que más tarde llegará incluso hasta el arielismo de Rodo) está fraguando también sus recuerdos.

Lo que se anota existe en el recuerdo, lo que no queda inscrito, se pierde y carece de registro. El texto arma una memoria perdurable y elige los ítems que serán atesorados. Recuperando el inventario como género, al analizar la

⁶ Esta capacidad “lenguaraz” de Eduarda ha sido narrada por su hermano en varias de sus *causeries* y en su texto *Mis memorias* (1905). Esta posición mediadora, de la que también se jactaba Lucio V. en *Una excursión a los indios ranqueles* (1860) está presente en toda su obra y ha sido señalado por G. Batticuore (2005) como “intérprete cultural” (pp. 224-274). J. Néspolo (2014) sistematiza el movimiento de ida y vuelta entre América y Europa como una traducción: “América para los europeos es lo que intenta Eduarda Mansilla en *El médico de San Luis* (1860) y todavía más en *Pablo ou la vie dans les pampas* (1869); pero también explicar a los argentinos las costumbres y los hábitos de la realeza europea en *Lucía Miranda* (1860) o las delicias y fealdades de una nación moderna y en todo diferente a su patria en *Recuerdos de viaje* (1882)” (p. 178).

pasión coleccionista de Augusto Belín Sarmiento, Adriana Amante (2019) acerca la notación objetual a la creación: “asentar es un acto demiúrgico, es hacer que algo exista. Lo que no consta en la lista no tiene entidad” (p. 70). Y aunque recordar no es listar ni contar un viaje es inventariar, esta relación representativa entre asentar y dar vida puede leerse en serie con la literatura de viajes. Puesto que el relato de viajes selecciona un territorio a ser narrado, un conjunto de temas y sujetos memorables y les otorga entidad discursiva, construye un mundo.

Podríamos detenernos en qué elementos se incorporan también a partir de lo que *no* le gusta a la narradora: las damas son elegantes pero no llegan a ser las grandes damas de París, no saben usar el *full-dress* para ir a la ópera y son demasiado delgadas como para lucirlo; los norteamericanos, tanto hombres como mujeres, son exagerados; los empleados de servicio, –“the help”– le resultan incompetentes e irritantes; Nueva York podría asemejarse a Londres, pero más bien se anotará todo aquello en lo que no se le parece; los hoteles canadienses son incómodos (Mansilla, 1882, p. 121). Lo artificioso, lo ornamentado, la decoración y el modo de vestir se juzgan demasiado exuberantes, pero también carentes en los momentos necesarios.

Tal vez por estas apreciaciones es que David Viñas (1998) considera que hay una excesiva contradicción entre la mirada de Sarmiento y la de Mansilla: frente al viajero novato deslumbrado por el empuje y el movimiento de la nueva nación, ella marca insistentemente el *minus*, lo que no encaja en su *gusto* durante el viaje. Sin embargo, no todo el tiempo es así: la mirada detractora se diluye cuando el entorno logra fascinarla.

Hay dos momentos en los que el libro modula el fraseo de una lista de modo explícito y ambas escenas relatan instancias de consumo. En el primer caso se trata de los alimentos a los que puede accederse con la tarifa que se paga en un hotel:

Para empezar, té, café, chocolate, con esa serie de panes calientes de todo género, que hacen las delicias de los Americanos y que yo hallo execrables, pero esto es cuestión de gusto.

En el almuerzo propiamente dicho, ofrecen huevos, hechos de más de seis maneras, carne igualmente variada en su aderezo, con legumbres diversas y la opción a té, café o chocolate. El vino no se incluye nunca en el *bill of fare* (lista de comida); pero sí, en cambio, una abundancia de agua helada pasmosa. (Mansilla, 1882, pp. 36-37)

En el segundo, el detalle de existencias en una droguería de Filadelfia, donde la viajera señala la abundancia de objetos de belleza y maquillaje. La

cantidad y disponibilidad de aquellos productos refuerza la sensación de ornamentación excesiva que encuentra en sus recorridos. De algún modo, ambas enumeraciones expresan la actitud ambivalente de la escritora ante el viaje. Mientras la primera refiere directamente a la experiencia exótica del huésped turístico y, por ende, supone a Mansilla poniendo a prueba *sus gustos*; la segunda ubica a una observadora externa que revisa las existencias puestas en venta y atestigua los gustos ajenos.

Realicemos un sutil deslizamiento metodológico para considerar estos fragmentos textuales como pequeños inventarios incrustados en el libro. Tomaremos el sentido de “inventario” que definen Gaune y Sanfuentes (2020), es decir un listado de “lo que se encuentra en” (p. 266). Una enumeración de las cosas que representan un determinado universo, aunque dicho recuento no lo agote ni en forma cualitativa ni cuantitativa. Toda lista de este tipo duplica la existencia objetual, ya se trate de objetos reales o imaginarios. A partir de esta repetición, Amante (2019) lee la acción de inventariar como un gesto similar al de la traducción: “también podría ser una forma de hacerse de lo ajeno (una forma simbólica o legal del hurto), ocasión propicia para regodearse con lo que siendo o habiendo sido de otro se vive como propio y se hace propio” (p. 70). La escritura del viaje tal vez practique este mismo movimiento: una apropiación registrada de lo extraño. El entorno, la lengua, las costumbres extranjeras se *coleccionan* en el texto como postales o cuentos fotografías en un álbum y pasan a formar parte del patrimonio personal y literario. La escritura o el acopio recrean (y sustituyen) la experiencia.

Vale la pena citar *in extenso* la recopilación de objetos con la que la viajera quiere exponer:

el amor a los cosméticos ... que ocurre en la Unión: los perfumes, las esencias de Atkinson y Lubin, los sachets de Guerlain, la veloutine de Fay, el rouge de Violet, se venden exclusivamente en las boticas. En ninguna parte existe mayor variedad de *blanco de perla*, *blanco de lirio*, *blanco de cisne*, *blanco de Venus*, y cuantos *blancos* puedan ocurrir a la imaginación fertilísima de un químico poeta, que en el *drugg store* de los Estados Unidos. Mientras que los *gentlemen*, apuran el espumante vaso de soda *water*, que brota ruidoso bajo la reluciente llave, las *ladies* escogen sin misterio alguno, los tintes varios que les faltan para completar su belleza. En el reluciente mostrador de mármol, se confunden, se combinan los afeites, con las píldoras de Holloway y Brandz, y los elixires de Helnold Buchu y Hall. (Mansilla, 1882, pp. 122)

En su análisis de *Príncipe y mendigo*, de Mark Twain, Bill Brown (2003) señala el acopio descriptivo como “el (inútil) esfuerzo para materializar la abstracción” (p. 46) del sujeto democrático. Puesto que la fantasía norteamericana “propone un mundo de sujetos indiferenciados ... y objetos accesibles” (Brown, 2003, p. 45), la expansión del deseo de consumo y la fantasía de la igualdad erigen la sombra del capitalismo democrático.

Siguiendo este razonamiento, además de generar un anclaje referencial específico a través de las marcas, productos y denominaciones incluidas, la lista de perfumes, maquillajes, y drogas constituye una estrategia retórica para convencernos de la dimensión fáctica de dicho entorno. Este conjunto de elementos nombrados bien podría ser un inventario comercial y coincide con una de sus funciones, es decir: “proporciona información sobre la cultura material de un lugar... y de los valores a esto asociado” (Gaune y Sanfuentes, 2020, p. 266). Esos valores asociados exhiben la relación entre deseo, belleza y consumo. Se vinculan con el problema de la apariencia y la falsedad que Mansilla condensa en la mención a los carruajes particulares cuyas puertas se adornan con “aristocráticos blasones” (1882, p. 130). La contradicción de una tierra democrática que simula tener pasado aristocrático coincide con lo que menciona Néspolo (2014) sobre las novedades consumibles expuestas en los textos de Mansilla: “una sociedad que a la vez que se excitaba con las diferencias, pretendía saciarse con las homogeneidades del ‘estar a la moda’” (p. 187).

ENTRE EL LUJO Y EL CONFORT

Entre el llamado de la curiosidad y la marca de una diferencia, la *cultura del bienestar* (Prieto González, 2013) ocupa lugar en el relato y la noción de comodidad seduce a la viajera, aun cuando no necesariamente se asemeje al lujo al que quiere acercarse. Desde un primer momento esta escurridiza idea de la amenidad se menciona como un valor a diferenciar en la evaluación del viaje. En el paratexto titulado “Preliminares”, el libro se abre con la apreciación comparativa entre dos compañías navieras. Antes de llegar a tierra, deja en claro que ya ha viajado en más de una ocasión y ese es el motivo por el que puede explicar que “hacer la travesía desde el *Havre* a Nueva York en la Compañía Trasatlántica Francesa, o embarcarse en un vapor del *Cunard Line*, en Liverpool, no es exactamente lo mismo como agrado”

(Mansilla, 1882, p. 7). Su relato la ubica como una visitante europea. O más aún, su argentinidad está atravesada por ese naturalizado afrancesamiento que le permite incluso escribir su novela sobre la pampa en francés (Mansilla, 1869/2007).

En la “Línea Francesa se come admirablemente” (Mansilla, 1882, p. 8), mientras que en “los vapores ingleses se come mal, es decir, a la inglesa, todo es allí insípido, exento del atractivo de forma y de fondo, que tanto realce da a la comida francesa” (Mansilla, 1882, p. 8). El europeísmo de Mansilla tiene una evidente preferencia por Francia; además de la comida, acota sobre el punto de partida: “Paris (sic) es más tentador; y el ferrocarril del Halle, que atraviesa la pintoresca Normandía, en sólo tres horas, ofrece muchos encantos, que llamaré preliminares a la gran travesía trasatlántica” (Mansilla, 1882, p. 9). Como lo ha puntualizado Masiello (1995), en los refinamientos cortesanos de su estilo, Mansilla expone su nostalgia por un mundo que ya no es accesible para las élites. Pero incluso en esa melancolía, en este y otros textos (sobre todo sus novelas de temática más rural, en las que incorpora el problema de la integración al colectivo nacional), su proyecto literario discute algunos elementos del progreso modernizador. En las novelas resignifica el pasado histórico y la relación con “los indios y gauchos”, y en los artículos de costumbres y textos de viaje lidia con los excesos o faltas de la creciente novedad:

Viajar con los Franceses es más agradable en verano; pero, lo es más seguro en invierno con los Ingleses. Y aquí, para no ser ingrata ni olvidadiza con una nación que tanto quiero, diré, que personalmente, yo prefiero hasta naufragar con los Franceses. Pero, en mi calidad de viajera, que escribe con la mira honrada de dar luz a los que no la tienen, creo de mi deber consignar en estas páginas, lo que he oído repetir a tantos famosos *touristes*. Pues en ciertas materias, forzoso es contar los votos, por más amigo que uno sea de pesarlos. Además, quien a *Yankeeland* se encamina, tiene por fuerza que democratizar su pensamiento. Con lo expuesto, queda ya tranquila mi conciencia, y sigo rumbo hacia el Norte. (Mansilla, 1882, pp. 12-13)

La funcionalidad e incluso la seguridad no alcanzan para producirle satisfacción, por eso en la descripción de los barcos se introduce una de las palabras clave para entender la postura ambivalente de la autora: la búsqueda de confort.

El carácter artificial y relativo de la noción de confort, junto con la polisemia del término, está cargada de las variadas interpretaciones que cada

época le ha conferido. La misma palabra “comfort”, plantea el arquitecto e historiador E. Prieto González (2013), ampliamente adoptada en muchas lenguas y comúnmente asociada a la cultura inglesa, tiene su origen en el verbo francés “conforter”, que en español significa “confortar”. ¿Qué objetos o personas ofrecen socorro o consuelo a la viajera americana? Las cosas, prácticas y objetos sobre los que posa la mirada, así como los sujetos que las utilizan o portan, enhebran su recorrido por el paisaje urbano y natural (pero sobre todo urbano) en una exterioridad que tiende a resultarle fácil de interpretar, y por ciertos interiores entre los que privilegia los hogares de otras mujeres a las que admira o desdeña.

Vale anotar dos nombres en particular: Miss Snead, la *repórter* que flirtea en los bailes, aunque indiscreta y sincera tal vez de más; y Madame T., la mujer que no se puede nombrar, pues, aunque el epíteto que la refiere en el texto indica que “ejerce el oficio de la madre de Sócrates” (Mansilla, 1882, p. 138), es deducible en la lectura que lo que no se quiere decir es que se trata de una partera que practica abortos.

El desprecio y la repugnancia que le produce el tema se resuelve en el devenir del texto. La escritura expone la sensación del *mal gusto* y cambia el foco atencional drásticamente. Hay un clímax en la acumulación descriptiva y en la notación de los aspectos vinculados a la libertad de las mujeres en este capítulo (XV) que se termina abruptamente al toparse en el recorrido urbano con esa mansión inquietante que despierta la incógnita respecto de la fortuna de su dueña, Madame T. El relato impone una distancia hacia aquello que la aterra similar a la que usa cuando algo la seduce. Entre el aborto y el flirt, dice Viñas (1998), podría ocultarse un drama íntimo, para ese nivel social, en el galanteo exhibicionista del juego público. Después de la omisión de la palabra “aborto”, la narradora se refugia en el mundo del espectáculo: “Con el pensamiento que al fin es libre, me transporto a Broadway, frente al museo Barnum. Esto, por lo menos, es genuinamente *Yankee* y presenta otra faz del carácter norteamericano que contiene igual dosis de candor y de pillería” (Mansilla, 1882, pp. 138-139).

El texto y el recorrido se distraen con el negocio de la diversión y siguen en movimiento. La descripción ofrece escenas atractivas y esperables para los lectores. Es también el momento en que la narradora baja la guardia y se deja seducir por las luces del show. Se desplaza al Hudson, a los vapores, al tren y hasta las *Niágara Falls*. Recién después de haberse re-animado con estas curiosidades vuelve a encontrarse con otras mujeres. Pero ahora se trata de virtuosas de “sencillez o provincialismo distinguido” (Mansilla, 1882, p. 182). Y es aquí donde la tecnología irrumpe para desacom-

dar también algunos de sus preceptos. Se retira a la “maravilla de *comfort*” (Mansilla, 1882, p. 165) que le propone el chalet de madera de los Davidson en Staten Island, al que caracteriza como “un paraíso”.

Masiello (2018) ha sugerido que la relación entre curiosidad, afición por la moda y adopción temprana de tecnología parecen haberse integrado en las actitudes de las escritoras latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XIX. Juana Manuela Gorriti, Juana Manso o Clorinda Matto de Turner identificaron la potencia de ciertos inventos y la aceleración cultural que provocaron. Las mujeres fueron observadoras, consumidoras y críticas de las novedades modernas (Masiello, 2018, p. 74). Si Mariquita Sánchez (como se citó en Masiello, 2003) había llamado “maravilla” al daguerrotipo (pp. 168-169), varios años después, Eduarda está asistiendo a la aparición de distintos aparatos y artefactos mecánicos industriales que interfieren con los antiguos modos de la percepción y, por ende, en su idea del lujo:

Había en el comedor una especie de nicho mecánico giratorio, llamado *dumb waiter* (sirviente mudo), una verdadera *institution*, colocado a espaldas de la dueña de casa, con varios botones de metal numerados que respondían a otros tantos aparatos internos: así que uno u otro se tocaba, veíanse aparecer, como en los tornos de los conventos, tan pronto las fuentes con manjares varios, tan pronto los platos limpios. (Mansilla, 1882, pp.165-166)

El siglo XIX condujo a América del Sur y del Norte hacia una era de innovaciones tecnológicas, donde máquinas y dispositivos impactaron significativamente la forma en que se percibía y trabajaba. Este cambio se reflejó tanto en transformaciones de gran alcance, como la producción industrial, así como en pequeñas escalas, a través de artefactos que mejoraron las capacidades del cuerpo para sentir y percibir (Masiello, 2018, p. 72). Los aparatos de modificación de conductas domésticas anticiparon un tipo de reemplazo que llegaría en el siglo siguiente a brindarles nuevos tiempos de disponibilidad a las mujeres trabajadoras.

Cada época ha encontrado su propia manera de entender el confort, desde aquel cobijo precario en el que los viejos tratados buscaban el origen de la arquitectura hasta los sofisticados ambientes del diseño contemporáneo, pasando por la comodidad casi sibarítica de la casa victoriana o el carácter ascético de las *machines à habiter* (Prieto González, 2013). Prieto González distingue cuatro tradiciones funcionales para comprender una brevísima historia del confort arquitectónico: la poética del fuego, la poética de la higiene, la poética del hábitat y la poética de las atmósferas. Calor

y luz como fuentes primeras de comodidad; ventilación y aparataje para la circulación del aire sano y ocultamiento de los elementos de servicio; ergonometría y sustentabilidad.

Es significativo que el elemento tecnológico que le parece una “maravilla” a Mansilla –es decir, algo que le provoca admiración y deleite– sea aquel que permite reemplazar o evitar tener un sirviente, puesto que uno de los focos de su desagrado se concentra allí: las empleadas de limpieza protestantes le resultan imposibles, los cocheros no saben ejercer su trabajo y, en resumen, encuentra todo el tiempo problemas con el servicio:

No hay nada más incómodo, que el servicio intermitente que prestan los criados protestantes, para los cuales, el Domingo representa mucho despliegue de galas, dos horas de iglesia y el resto de paseo. Vale la pena de soportar los inconvenientes de la católica Irlandesa; éstos son el ayuno forzado, la vigilia durante toda la cuaresma, con sus exigencias de alimentos delicados, acompañados de incesantes tazas de té, y al caer la tarde, el inevitable primo, que viene a visitarlas por el *basement*. (Mansilla, 1882, p. 133)

Como aclaraba en los *Preliminares* del viaje: rumbo al norte, Mansilla sabe que debe forzar la mirada democrática. El *dumb waiter* brinda un tipo de comodidad que pocas décadas después será promocionada también para los sectores con menos recursos económicos de la sociedad. Según la propuesta de Prieto González (2013), podría ubicarse en la poética de la higiene, puesto que esta fue también una “poética del camuflaje” (p. 27). Si bien el *dumb waiter* no coincide exactamente con los mecanismos de ventilación o de aguas que se ocultaban en la distribución higienista de las casas victorianas, sí cumplimenta su “ideal mecánico y decoroso” (Prieto González, 2013, p. 27):

La maquinaria del confort no alteraba las formas tradicionales de la arquitectura, ni socavaba su carácter representativo. Por ello resultaba estéticamente neutra: quedaba reducida a la condición de una especie de tramoya energética que hacía posible el funcionamiento de la escena, pero cuyo destino era permanecer oculto. (Prieto González, 2013, p. 27)

La tramoya de este artefacto no oculta energías lumínicas o calóricas sino fuerza de trabajo. El texto lo subraya: gracias a la técnica, la familia podía servirse solo con la cocinera. La señora de la casa “tenía que cuidar de poner las fuentes vacías y los platos usados en el famoso torno” pero esa actividad, que a la viajera ya le parece singular, es lógica por la costumbre

norteamericana de “casi no cambiar los platos”, por lo que, aunque “la molestia no era excesiva”, el prodigio técnico escondía un horror protocolar: los norteamericanos acostumbran comer los alimentos mezclados, hábito que a la narradora le resulta “muy desagradable” (Mansilla, 1882, p. 166).

La maravilla técnica del confort en la descripción de Mansilla manifiesta el contrapunto con aquello que le provoca profundo *discomfort*:

Falta en la Unión el elemento principal, especial, para conseguir ese lujo de equipajes que es el exponente más expresivo del verdadero lujo: la servidumbre. ... El oficio de sirviente, es más complicado de lo que en las Américas se cree, y tanto nosotros como los Yankees, estamos servidos por aficionados. (Mansilla, 1882, p. 123)

Comenzado el siglo XX, los electrodomésticos ofrecerán una expansión en la democratización del lujo. Dolores Jauregui (2017) estudia este proceso específicamente en las modificaciones que se dieron en Buenos Aires respecto del habitáculo cocina y plantea que “estos nuevos artefactos funcionaban como una especie de sustituto, y efectivamente aliviaban sus tareas Incluso se podría pensar que operaban como un mecanismo de ilusión de semejanza con la manera de vivir de las élites” (p. 53)⁷.

Las formas de la distinción que expresa Mansilla parecen no admitir abiertamente el lujo sin medida y la ostentación inmodesta. Pero más allá de las intenciones de la narradora, su texto exhibe algunos cambios e inestabilidades que anticipan un imaginario en el que la tecnología y la democratización del consumo irrumpen en la domesticidad y comienzan a modificar lo que parecía declamarse, incluso para una viajera aristocrática, como buen gusto.

CONCLUSIONES

A partir de las marcas que la cultura material imprime en la escritura de los *Recuerdos de viaje* de Eduarda Mansilla, pudimos observar de qué modo la autora incorpora la referencia a elementos tangibles como parte de una estrategia retórica. Esta dimensión objetual de su escritura que, en ocasiones,

⁷ Como ejemplo de esta sustitución, es significativo cómo se publicitaba el consumo eléctrico en un aviso titulado “Casas y jardines” de la Compañía Ítalo Argentina en el año 1946: “Piense en que Ud. podría tener 12 sirvientes. Los aparatos electro-domésticos se lo permiten, son silenciosos y fieles servidores que solo cobran cuando trabajan y trabajan rápido y bien” (como se citó en Jauregui, 2017, p. 55).

llega incluso a condensar en la forma del inventario, contribuye a la credibilidad del relato de viaje y a la autoridad de la voz narrativa. La tensión, por momentos explícita, que intentamos señalar entre lujo y comodidad, así como entre experiencia y novedad, exponen a Mansilla en los momentos en que su saber de viajera no alcanza para aprehender lo desconocido o lo disímil. Sus fascinaciones y disgustos expresan una postura ambivalente hacia la modernización del capitalismo norteamericano de fin de siglo y nos informan, a su vez, respecto de los intereses de las lectoras y lectores argentinos del momento. En este contexto, la moda y otros asuntos banales en los que posa su mirada, indican transformaciones en las formas del consumo y las relaciones sociales que influyen en la percepción del buen o mal gusto. Este cambio parece expandirse hacia segmentos sociales más amplios que el de la autora, y continuarán ampliándose en un sentido democrático durante el siglo siguiente.

REFERENCIAS

- Amante, A. (2019). Fervor de colección. En *Esferas. Trazar el archivo/Trace the Archive*, 9, 64-79. <https://wp.nyu.edu/esferas/2019/05/04/issue-9-trazar-el-archivo/>
- Arfuch, L. (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Fondo de Cultura Económica.
- Batticuore, G. (2005). *La mujer romántica. Lectoras, autores y escritores en Argentina: 1830-1970*. Edhasa.
- Benjamin, W. (2018). *Iluminaciones* (J. Aguirre & R. Blatt, Trans.). Taurus. (Obra original publicada en 1993).
- Brown, B. (2003). *A Sense of Things. The Object Matter of American Culture*. The University of Chicago Press.
- Colombi, B. (2010). *Cosmópolis: del flâneur al globe-trotter*. Eterna Cadencia.
- Gaune, R. y Sanfuentes, O. (2020). Recoger, encajonar, remitir. La razón de las especies de naturaleza y de arte del Obispado de Trujillo (1788). *Temas Americanistas*, 45, 265-295. https://revistascientificas.us.es/index.php/Temas_Americanistas/article/view/15306.
- Espínola, F. (1850). *Memoria del viaje a Francia de una argentina de la provincia de Buenos Aires*. Carnaud.
- Jauregualzo, D. (2017). *La irrupción del equipamiento tecnológico en el departamento porteño la cocina metropolitana 1948-1977* [Tesis de maestría]. Universidad Di Tella. <https://repositorio.utdt.edu/handle/20.500.13098/11510>

- Kittler, F. A. (1999). *Gramophone, Film, Typewriter*. Stanford University Press.
- Kopytoff, I. (1996). The Cultural Biography of Things: Commodization as Process. En A. Appadurai (ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective* (pp. 64-94). Cambridge University Press.
- Le Breton, D. (2007). *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*. Nueva Visión.
- Lojo, M. R. (2003). Eduarda Mansilla: entre la “barbarie” yankee y la utopía de la mujer profesional. *Gramma*, 15(37), 14-25. <https://p3.usal.edu.ar/index.php/gramma/article/view/276>
- Lojo, M. R. (abril 2007). Eduarda Mansilla, la traducción rebelde. *Femina-ria Literaria*, Año XII, 19.97-99.
- Mansilla, E. (1882). *Recuerdos de viaje*. Juan Alsina.
- Mansilla, E. (2007). *Pablo o la vida en las pampas* (estudio preliminar de M. G. Mizraje). Colihue-Biblioteca Nacional. (Obra original publicada en 1869)
- Mansilla de García, E. (2015). *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, (prólogo de M. Guidotti, M.). Corregidor.
- Masiello, F. (1995). Lost in translation: Eduarda Mansilla de García on politics, gender, and war. En D. Meyer (ed.), *Reinterpreting the Spanish American essay: women writers of the 19th and 20th centuries* (pp. 68-79). University of Texas Press.
- Masiello, F. (2018). *The Senses of Democracy*. University of Texas Press.
- Néspolo, M. J. (2014). Eduarda Mansilla: modernidad y moda, *Oltreoceano: rivista sulle migrazione*, 8, 177-189. <http://dx.doi.org/10.1400/220374>
- Prieto González, E. (2013). La cultura del bienestar. Poéticas del confort en la arquitectura de los siglos XIX y XX. *Cuaderno de proyectos arquitectónicos*, 4, 22-31.
- Puckett, K. (2008). Introduction: Making Mistakes. *Bad form. Social mistakes and the Nineteenth-Century Novel* (pp. 3-13). Oxford University Press.
- Riello, G. (2021). ‘Things seen and unseen’. The material culture of early modern inventories and their representation of domestic interiors. En P. Findlen (ed.), *Early Modern Things Objects and their Histories, 1500-1800* (pp. 124-150). Routledge.
- Sarmiento, D. F. (1900). Páginas Literarias. En E. Belín Sarmiento (ed.), *Obras Completas* (Vol. XLVI). Imprenta y Litografía Mariano Moreno.
- Szurmuk, M. (2007). *Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina 1850-1930*. Instituto Mora.

- Van den Abeele, G. (1992). *Travel as Metaphor*. University of Minnesota Press.
- Viñas, D. (1998). *De Sarmiento a Dios: viajeros argentinos a USA*. Sudamericana.
- Williams, R. (2003). *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y de la sociedad*. Edición Nueva Visión.
- Withey, L. (1998). *Grand Tours and Cook's Tours. A History of Leisure Travel. 1750 to 1915*. William Morrow and Co.